



se reconcentrarán en este vasto asunto, y su reflexion se perderá en su contemplacion. La India y el Egipto habian sido privilegiadas bajo este respecto, y fueron las dos primeras comarcas que poseyeron la ciencia legada por los dioses á la tierra.

Grande debió ser el poder de deducción entre los sacerdotes de Mesraim; y puede formarse una idea del movimiento intelectual de esta rica y laboriosa casta, con sólo fijarse en los discípulos que, como sucesores de los sábios, dieron al Occidente. Pero de todos estos esfuerzos y de toda esta filosofía, nada ha llegado á nosotros más que el recuerdo, y aun este alterado por las relaciones de los griegos.

A lo más, algunos fragmentos de una moral todavía pura y bastante elevada, algunos rasgos que indican la permanencia de los sentimientos de familia y la conservacion de la dignidad de la mujer y de la madre, se han olvidado con el tiempo. No olvidemos que habian subsistido en los espíritus algunas grandes verdades, aunque alteradas y vagas, especialmente la creencia en la inmortalidad del alma y en el juicio que ha de sufrir despues de la muerte. Todo el ritual funerario del Egipto descansa en esta doctrina (1), que llega á ser un código de moral. Oid la enumeracion de las faltas de que Osiris, el alma del hombre al ser juzgada, pretende que ha sabido sustraerse. Es una ley casi completa. «Yo no he cometido faltas, dice el muerto. Yo no he blasfemado. No he blasfemado, ni engañado, ni robado, ni me he valido de la astucia para dividir á los hombres; no he tratado á nadie con crueldad, ni he promovido ningun desórden, ni he sido perezoso, ni me he embriagado; no he ejecutado órdenes injustas, ni he tenido curiosidad indiscreta, ni me he ocupado en habladurias; no he herido á nadie, ni he murmurado de otro, ni he sido envidioso, ni he hablado mal de mi rey ni de mi padre; no he cometido falsas acusaciones, no he retirado la leche de la boca de los niños, ni causé mal á mi esclavo, abusan-

(1) Véase lo que hemos dicho, segun M. el conde de Rougé, en los capítulos del Egipto. Lo extractado aquí arriba de este «Ritual» lo cita M. Guillemin, *op. cit.*

do de mi superioridad sobre él; yo hice á Dios las ofrendas que le son debidas, di de comer al hambriento y de beber al sediento, y vestí al que estaba desnudo.» Desgraciadamente la filosofía sacerdotal, envuelta en el velo de los mitos, deslizo su vida en un panteísmo refinado y en las locuras de la emigracion de las almas y de la metempsicosis (1).

La India, por el contrario, ha sobrevivido á los siglos como para servir de enseñanza al mundo, y para mostrarle todo lo que puede el hombre en el camino del error. El misterio de que estaba rodeada ha desaparecido al fin, y al verla extraviada en las ilusiones seculares, quédase uno como admirado, y no se puede ménos de experimentar un sentimiento de temor y de pena.

La filosofía es muy antigua en las riberas del Ganges; el primer jefe de escuela es aquel cuya pluma recogió los vedas, *vyasa*. Este sistema se apoya en las escrituras brahmánicas, y es eminentemente ortodoxa: tal es la filosofía «mimánea», ó por mejor decir, el sistema *vendata*, la *conclusion* de los vedas.

«El conocimiento de Dios es lo que se propone investigar la filosofía mimansa (2).» No se puede resolver mejor y con más claridad una cuestion de tanta importancia. La respuesta es clara: Dios es el creador todopoderoso del mundo, y el autor omnisciente de la revelacion; esto parece evidente por el sentido y por la composicion de las santas Escrituras. Estas pocas palabras indican la tendencia de la escuela; esencialmente espiritualista, hace memoria de la fe, no procede más que por induccion, y esta induccion la deduce de la palabra escrita en el libro sagrado; pero en fuerza de investigar el conocimiento de Dios, se extravió el filósofo y ve á Dios en todas las cosas: «este universo es realmente Brahma, el supremo, porque de él procede, á él va á parar y en él se alimenta; por consiguiente es necesario reverenciarle y adorarle... Y esta alma superior va asociada al alma individual como dos seres

(1) M. Cousin, *Historia general de la filosofía*, página 29.

(2) *Brahma-sastra II*, en Peauthier, *Ensayo sobre la filosofía de los indios*. A esta obra debemos la mayor parte de los detalles aquí consignados.



que ocupan la cavidad del corazón; y además, esta alma del hombre es una porcion del supremo ordenador como lo es la chispa del fuego... Todos los seres constituyen una cuarta parte de su persona, las otras tres partes son imperecederas en el cielo.» Es, pues, una ley imperiosa para esta alma emanada de Brahma, el volver á su seno; ¡pero cuántos estados no recorrerá ella antes de este día de venturosa union!

Al abandonar el cuerpo se remonta hasta la luna, y allí «recibe la recompensa de sus obras.» Si ha merecido castigo, «comienza por despojarse de su forma acuosa en el orbe lunar, y pasa rápida y sucesivamente al éter, aire, vapor, nieblas, nubes y lluvia; así llega ella por una especie de gradacion hasta la planta que vegeta, y de aquí, merced al alimento, pasa al animal en embrion.» Por el contrario, aquella que por la mediacion religiosa se ha asimilado en el Sér soberano, va á gozar de la eterna bienaventuranza. No hay en esto, por consiguiente, justicia divina, porque las almas están obligadas á sus actos por el alma universal, cuyas órdenes cumplen sin libertad; tal es esta doctrina, «puente verdadero de la inmortalidad», segun dice Uyasar.

Ofrécese desde luego á nuestra consideracion la negacion de la independenciam humana, el dogma de la metempsicosis, y por último, y sobre todo esto, un vago isismo, cuya espiritualidad mal definida tiende al panteísmo. El alma universal será el alma del mundo, y este universo será adorado, no ya como una emanacion de Brahma, sino como formando un todo con él. Este fué el primer fruto de los vedas.

El Mimansa-karma no debia estar solo. Al lado del Uyasa, y partiendo del mismo texto que él, se levantó Daimini. Quería establecer el *deber*, es decir, los sacrificios ordenados por el libro sagrado, y compuso el *Mimansa-karma práctico*, que tiene grande analogía con las obras, suscitando numerosas cuestiones filosóficas, que dieron por término el establecimiento de un sistema y la fundacion de una escuela.

Djaimini reconocia tambien la fe sin examen, la fe absoluta á la autoridad de los vedas. Para él los medios de llegar á la inteligencia

del deber, es decir, de la prescripcion de las escrituras divinas, son la tradicion y la revelacion. Esfuérase en demostrar ya la antigüedad, ya la divinidad de los libros y de las leyes; explica y justifica todos los sacrificios y todas las ceremonias, desde la simple ofrenda de flores hasta la inmolation de las seiscientas nueve victimas del *Asvamedha*, y hasta el suicidio religioso, por el cual el devoto Hindu se arroja sobre la leña consagrada y perece en las llamas. Es el medio de precipitar la asimilacion en el alma suprema, es la manera más pronta de reunirse con el sér universal de Brahma.

Estos dos sistemas, ó más bien estas dos ramas de un mismo sistema, son eminentemente ortodoxas. Su exposicion basta para dar una idea completa de las doctrinas de la India en estas remotas épocas.

En presencia de estos profundos estudios, y mientras que los sábios de las naciones del Nilo y del Ganges se extraviaban en sus frívolas y penosas concepciones, siguiendo la voz del orgullo y de la mentira, separado para siempre de los caminos de la luz, despiértase el mundo asiático á los esplendores de una gloria desconocida. Una nueva luz brilla en tierra de Judea, y el reino este tan ignorado alcanzó de repente una gloria y grandeza desconocidas.

No se habla por Oriente de otra cosa más que de la sabiduría de este jóven rey, Salomon, cuyo poderío respetan ambos mares; los pueblos se mantienen en el silencio por escuchar los cánticos sublimes que su voz dirige al Altísimo.

¡Qué maravilloso contraste, en verdad, entre la vanidad de los sueños humanos y los sublimes acentos de la sabiduría inspirada del cielo! ¡Cuánto celebra el espíritu poder descansar sobre las puras y santas palabras del hijo de David, fatigado como estaba ya de aquella serie tan prolongada de errores! ¡Y quién no admira aquí los designios del Dios Todopoderoso, ante cuya presencia hace la humanidad su carrera desde el origen del mundo, y cuya vida no es á sus ojos más que la larga existencia de un solo ser! ¿No podrá decirse que la bondad misericordiosa de este padre celestial tiene especial cuidado en dispensar en medidas



iguales los beneficios y las pruebas, y que si la desgraciada fluctúa en su camino, se digna al punto tenderla una mano para ayudarla y sostenerla? Es, á no dudarlo, una gran vergüenza para el género humano, las debilidades por que sus hijos se dejan arrastrar todos los días; pero es también un consuelo y una verdadera gloria ver los triunfos de las almas privilegiadas sobre las que el Señor se digna mandar un rayo de su celestial verdad; y ¡qué más maravillosa compensación para las locuras de los vedantas, que los *Proverbios* y el *Eclesiastes*!

Pero es necesario abandonar las obras del espíritu de Dios; la historia de las aberraciones de la razón humana, es larga y apenas la llevamos comenzada.

Todavía reclama la India nuestra atención.

Al norte de la península occidental del país más próximo al centro del Asia, salió un hombre que hubo de darse por la vida austera, sencilla y ejemplar; este *Muni* reunió numerosos discípulos, y era tal la fuerza y la dulzura de su palabra, que el pueblo conmovido se prosternó en su presencia, considerándole como un *avantára* (encarnación) de la divinidad conservadora. Este era Gautana Buddha (1).

Este sér, nació de un rey, hijo de Cuddhoma, de la familia de los Cakyas y de la «raza del sol,» estaba dotado con «veinte bellezas eminentes;» tenía el rostro de oro y los cabellos rizados. Estaba destinado para el trono, se llamaba Sarvártha-Siddha y pertenecía á la clase de los Xatryas, los guerreros. Una princesa le salvó de las aguas, arrojándole una trenza de sus cabellos. De pronto empieza por despreciar las enseñanzas de los brahmanes, y desdeña las grandezas de la tierra; apodérase de él un profundo disgusto de todas las cosas, y huye al desierto.

Ni los encantos de la hermosa Gôpa, su joven esposa, ni los tres palacios que su madre le había edificado, ni las pruebas de su sabiduría bastan para su satisfacción. Córtese los cabellos, logra escaparse á pesar de la guardia, vístese un traje de paño burdo y coge la piel

(1) Peauthier, *Essays de Colebrooke*, op. cit.

de ciervo de un cazador. Se hace dueño de todas las ciencias de las escuelas, demuestra á los más sábios la nulidad de sus doctrinas, y por espacio de diez años se entrega á toda clase de austeridades en el valle de Ururilva. «Tal género de vida llama la atención á los mismos dioses.» No bastaba todavía esto; los cinco discípulos que él había ido enseñando le hacen traición, envuélvese en los harapos de una mortaja y cree hallar la sabiduría. Había encontrado, dicen las leyendas, el camino del grande hombre, el camino del sacrificio de sangre, el camino infalible y sin abatimiento, el camino de la bendición y de virtud, el camino sin mancha, sin envidia, sin ignorancia y sin pasión, la vía que enseña el camino de la libertad, que aniquila la fuerza del demonio, el camino que dulcifica la vejez y la muerte, y por último el camino que conduce á *Nirvaná*. El Nirvana es el aniquilamiento (1).

Desde entonces se hizo Buddha, llegó desde entonces á ser la inteligencia. «El predicará la buena ley.» También se revela á los suyos bajo las apariencias de un Dios sobre la tierra; humilde y sábio, pasaba la vida sentado con las piernas cruzadas, instruyendo con ejemplos y palabras á sus numerosos oyentes.

Enseñaba la unidad divina y la eternidad de la materia, inteligencia en la primera y posibilidad en la segunda; prescribía la contemplación del alma soberana como prenda segura de la asimilación dichosa en el espíritu infinito. Por todas partes se repetían las alegorías y las fábulas, ingeniosos velos bajo los cuales se iniciaba una dulce y pura moral.

(1) El aniquilamiento en Dios: M. Barthelemy Saint-Hilaire cree que es la doctrina de la nada pura. Yo creo que esto no es así; no hay allí más que una manera panteísta de asimilarse, una especie de quietismo que tiende á la imposibilidad. Hé aquí en efecto los grados que indica un sábio misionero, el P. Bigandet (*Vida de Buddha*, 1858).

Es necesario pasar por la contemplación y el éxtasis, y entonces se experimentan: 1.º, el sentimiento íntimo de la suerte; 2.º, más juicio y más razonamiento y un placer de la satisfacción íntima para fijarse en el Nirvana; 3.º, desprendimiento casi absoluto y un sentimiento confuso de la existencia; 4.º, mayor sentimiento, más memoria y más impasibilidad.



Los sacrificios de sangre eran reemplazados por ofrendas de frutos, é himnos en el antiguo lenguaje bali eran dirigidos á aquel Dios que así invocaba: «¡Oh Dios! gloria á tí bajo la forma de la misericordia» (1).

En Benarés volvió á conquistar á sus cinco discípulos; y después se fué atrayendo á la multitud. Dos reyes abrazaron su doctrina. Del fondo de un jardín de Anatha Pindaka extiende su poderosa influencia.

En nombre de la «buena ley» se prescinde de la distinción de las castas. Todos los hombres pueden elevarse á Dios, con tal de que se desprendan de lo terrenal.

Los brahmanes lanzaron anatemas contra esta nueva filosofía y trabajaron por echarla por tierra; atentaron contra la vida de Buddha, pero en vano, el reformador triunfó. Después de ochenta años, «volviendo al cielo de donde había descendido,» Buddha dejó sobre los picos de Sion la grande huella de su pié divino, legando á sus discípulos el cuidado de hacer conocer su misión y sus beneficios. Lograron lo que quisieron, á pesar del odio de los brahmanes. Como, por otra parte, no despreciaban ellos los dogmas védicos en uso, y por una fácil condescendencia, el sucesor de Buddha, á quien *habían pasado su espíritu y su divinidad*, dicen los chinos y los tibetanos, levantó templos á muchas divinidades secundarias, hasta á los héroes de la India, á Rama y á Ganesa (2), las cuales, por otro lado, se apoyaban en el favor de las clases inferiores, reanimadas por su doctrina, y á quienes hablan con autoridad, identificando á su maestro con Vishnú mismo, se colocaron pronto á la cabeza de una secta formidable.

(1) Hacia el año 1000 antes de Jesucristo. Nos hemos determinado á tomar esta fecha por un examen serio de diversas opiniones, y por las razones que dan aquí M. de Remusat, la mayor parte de los sábios de Calcuta, M. de Marlé y la ingeniosa y sábia autora del Asia Mde. de C. M. Barthelemy Saint-Hilaire cree por el contrario que el Buddha es del siglo VII antes de Jesucristo. Se hace remontar al 622 y muere á los ochenta años, 543. En lugar de ser el predecesor de Kapila, no será más que uno de sus discípulos.

(2) Buchanan, *Investigaciones asiáticas*, vol. II.

La religión de Budha rompió los límites de la India, pasó á la isla de Ceilán y al reino de Sian, donde Budha-Sommona-Codom fué adorado como el Verbo de Dios. Esta religión hará conquistas más grandes todavía. En el entretanto, una parte muy considerable de la India abrazó su creencia.

El impulso estaba dado; había conquistado ya la independencia, cuya causa se halla en la filosofía *Niaya*. Era esto un principio de protestantismo contra la doctrina de los vedas; la comenzada por Gotama será seguida muy pronto: nada más natural, y constituirá un progreso en el camino del error. Los objetos sensibles serán objeto de una nueva escuela, la de la *individualidad*, la de la naturaleza material, *Vaiséchika*.

El jefe de este sistema, Kanada, halló en la naturaleza nueve sustancias, de las que las más importantes son el alma, el sentido interno, *manas*, el éter, el aire, la tierra. La inmateria- lidad del alma no impide que se la cuente entre las sustancias. El sentido interno, causa de las sensaciones y de las relaciones entre el cuerpo y la inteligencia, también forma parte de las sustancias; eterna como el alma, es distinta de ella y de su envoltura, quedando, sin embargo, invenciblemente unida. El aire y el éter son eternas, simples é infinitas. La tierra no tiene principio, ni tendrá fin; y la razón última de todas estas eternidades, es su estado de formación. Todos estos elementos están compuestos de átomos sutiles, cuyo tipo es la mónada, tal como se ve en un rayo de sol, cuerpo simple y susceptible de agregación, se une en proporciones binarias, ternarias y cuaternarias. Pero Kanada no pudo jamás explicar la unión de todas estas partículas eternas, y hé aquí lo que siempre produjo la ruina de este sistema tan frecuentemente reproducido y siempre rechazado por falta de razones. A pesar de todo, Kanada fingió un Dios como el de Epicuro, inaccesible, sin actividad, y cuya voluntad, una vez anunciada, bastó para poner en movimiento la masa que coexistía con él, y de la cual no se toma el más pequeño cuidado.

La eternidad de la materia y la negación